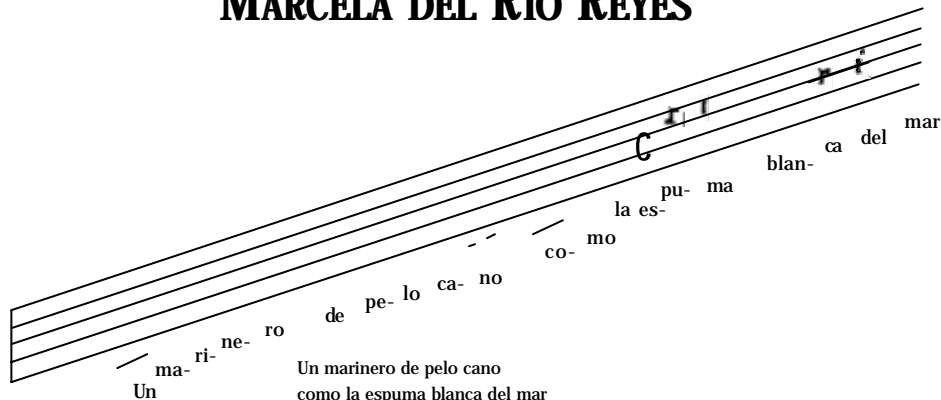


Jugando a que "yo" era "yo"

(Del libro autobiográfico inédito: *Cuántas vidas tiene el gato*)

MARCELA DEL RÍO REYES



Un marinero de pelo cano
como la espuma blanca del mar
todas las tardes, en este banco
su vieja pipa viene a fumar
y uno por uno, de aquellos días
por su memoria vuelve a pasar
con la sirena, de trenzas de humo
que por las tardes lo hace soñar
Y recuerda, marinero...

Recordar. ¿Quién podría escribir nada, no digamos una biografía, ni autobiografía, ni pseudobiografía, sino una novela, un cuento, una comedia, una tragedia, un guión cinematográfico y hasta un balance de contabilidad o una fórmula matemática si no "recordara" palabras, números, olores, visiones, sueños, deseos, temores, tactos, goces, disgustos, sabores y toda esa caterva de vivencias que juntas forman no una, ni siete o nueve vidas, sino todas las infinitas vidas que cada uno somos, en el lapso de... un minuto, o de un día, o de una semana, o de una veintena de años, por no decir, los sesenta y cinco que cumplo este año?

Esto de vivir ya es difícil, pero hablar o contar la vida es tal vez peor, porque ni se recuerda todo lo vivido, ni se ha vivido todo lo que se recuerda. Cuántas veces la memoria nos juega malas pasadas y nos hace recordar aquello que nos hubiera gustado haber vivido: de bailarina de ballet, a física nuclear, todas las gamas del arte y de la ciencia. El arte o la

ciencia fue la disyuntiva. Había que elegir. Mi primer poema lo escribí cuando apenas había aprendido a leer: a un avión, porque quería ser aviadora. Pero no resulté aviadora, sino poeta, dramaturga, novelista, aunque llegué a completar hasta seis horas de vuelo, aleccionada por un piloto complaciente... Desde aquel poema, no he parado nunca de escribir, al principio involuntariamente, sin planearlo, sólo porque necesitaba escribir como comer, pero mi propósito no era ser escritora. Estudié ballet toda mi infancia. Mi primer anhelo de ser bailarina lo cortó la voz de mi padre: "¿Bailarina? Nunca." De la danza pasé al estudio del canto, del canto al teatro, del teatro al periodismo, del periodismo a la docencia, de la docencia a la diplomacia, del autodidactismo al doctorado, del doctorado de nuevo a la docencia y por debajo de todo eso, que ha sido lo que me ha dado para vivir: la literatura como única posibilidad de verdadera realización, y por encima: la música, inacanzable como práctica, que me ha acompañado siempre.

La ciencia se quedó guardada en el cajón de los imposibles, aunque tuve mi laboratorio doméstico, con microscopio, telescopio y sustancias químicas que impregnaban el aire de mi cuarto de olores insoportables. Y la pintura, en el cajón de las utopías renacentistas, que ya a las puertas de la vejez comienzo a tratar de abrir. Sin embargo, había que elegir entre el arte y la ciencia, me fue difícil la elección, e incluso en la literatura jamás he podido plegarme a escribir dentro de un sólo género: De la poesía pasé a la crítica teatral, después al teatro y al cuento. A la novela llegué más tarde y aún más al ensayo. Pero al escribir necesito escuchar música. El piano de mi madre, fue como el complemento de mi escritura infantil. Me gustaba cantar. Y cuando cantaba las canciones de Cri-cri le cambiaba de género a los personajes, o de edad o de características, así, quien recordaba era "la marinera" bajo el influjo del "sireno de cuerpo de humo" preguntándome por qué nadie habla nunca de los sirenos. ¿Y por qué no había de cambiarle de género, número y condición a los personajes de las canciones, si en el juego todo se vale?... "Y que yo era: Tarzán... y que tú, Reina,

eras Jane." Reina fue la amiga inseparable de mi infancia, dos años menor que yo tenía que plegarse a mis ocurrencias: "Y que yo era el Corsario negro y que tú eras, Yolanda, su hija." Por fortuna, en aquellos años todavía no se inventaba la televisión, así que sólo se contaba con los propios juegos para entretener las horas.

La vida ¿será también un juego? Jugar a "ser" yo. Inventarse la vida, como los europeos inventaron una América utópica. Quizá la mejor obra de arte es la invención de sí mismo o de sí misma.... en realidad yo descubrí que era diferente ser del sexo femenino cuando por primera vez quise rentar una bicicleta y me dijo el dependiente que no había, cuando yo estaba viendo que tenía más de una docena colgadas en la pared. Le reclamé, y me respondió. "Todas son de hombre, no tengo ninguna de mujer." Yo no me consideraba entonces una mujer, yo era simplemente: un ser humano de ocho años. Y ahora que me esfuerzo en recordar, creo que debo comenzar como en la infancia, diciéndome a mí misma: "Y que yo era: Yo."

Y recuerda marinera

el país de los bosques gigantes... 🖼️



Marcela del Río